
Posmodernidad y comunicación

"Pues bien, yo considero (...) que el término posmoderno sí tiene sentido, y que tal sentido se enlaza con el hecho de que la sociedad en la que vivimos sea una sociedad de la comunicación generalizada, la sociedad de los mass media".

G. Vattimo

La comunicación es el rasgo distintivo de la posmodernidad. Sólo basta una mirada a nuestro alrededor para encontrar ineludiblemente a nuestros compañeros de la vida diaria: la televisión, el cine, el disco compacto, la videocasetera, los periódicos, los libros e infinidad de publicaciones y otros artefactos que se han convertido, desde nuestro punto de vista, en símbolos de la época que vivimos: la posmodernidad.

Sin embargo, hablar de la posmodernidad así, a secas, es un asunto espinoso. Y aquí surge la pregunta obligada: ¿qué es posmodernidad? Difícilmente vamos a encontrar un consenso al respecto. Algunos autores plantean que es una pre-noción que se origina en la arquitectura de los años setenta (Gómez, 1987); otros se preguntan si se trata de un concepto, un estilo, un nuevo periodo, una práctica o una fase económica (Foster, 1988); unos

**Cecilia Rodríguez
Dorantes**

más consideran que es el inicio de una nueva época producto del fin de la modernidad y hay quiénes opinan que es sólo una crítica que se gesta al interior de un proyecto inconcluso de modernidad (Lechner, 1988).

En este ensayo no pretendemos dar respuesta a tal pregunta. Nuestro objetivo es menos ambicioso: presentar la visión que tres autores tienen del fenómeno de la comunicación en la posmodernidad. De esta manera, creemos que las perspectivas de Jean Baudrillard, Jean-François Lyotard y Gianni Vattimo acerca de la relación comunicación-posmodernidad pueden ayudar a entender, en algún sentido, la época que vivimos. La elección de estos autores obedece principalmente a dos criterios: primero, los tres reconocen la importancia de la comunicación en la posmodernidad y a ello dedican, parcial o totalmente sus reflexiones; segundo, sus posturas no son sólo diferentes, lo cual es bueno, sino incluso antagónicas, lo cual es mejor. Vamos por partes.

Jean-François Lyotard: información y poder

En "Notas sobre los sentidos de post-" (1990) Lyotard plantea una serie de observaciones sobre algunos problemas relacionados con el término "posmoderno" con el fin de orientar el debate alrededor del tema. En primer lugar, refiriéndose a la oposición entre el posmodernismo y el modernismo en arquitectura, señala que la diferencia entre los dos conceptos queda caracterizada por la desaparición del estrecho lazo que asociaba el proyecto arquitectónico moderno con la idea de una realización progresiva de la emancipación social e individual en la escala de la humanidad. La desaparición de la idea de un progreso en la racionalidad y la libertad, explicará que haya un cierto estilo de la arquitectura posmoderna.

Para Lyotard, el "post-" de "posmodernismo" se comprende aquí en el sentido de una simple sucesión, de una secuencia diacrónica de periodos, cada uno de los cuales es claramente identificable. El "post-" indica una nueva dirección después de la precedente. Sin embargo, señala, esta idea de una cronología lineal es perfectamente "moderna", ya que la idea misma de modernidad está estrechamente

atada al principio de que es posible y necesario romper con la tradición e instaurar una manera de vivir y de pensar absolutamente nueva.

Partiendo así del posmodernismo arquitectónico, Lyotard llega a una segunda connotación del término "posmoderno", que según confiesa, no alcanza a comprender del todo. Parte de una idea sencilla: los occidentales de los dos últimos siglos han experimentado una pérdida de confianza hacia el principio del progreso general de la humanidad. Esta idea del progreso se basaba en la certeza de que el desarrollo del arte, la tecnología, el conocimiento y las libertades sería benéfico para la humanidad. Aquí, la tendencia coincidía en creer que las iniciativas, los descubrimientos, las instituciones sólo gozaban de cierta legitimidad en la medida en que contribuían a la emancipación de la humanidad. Sin embargo, Lyotard añade que ni el liberalismo, económico o político, ni los diversos marxismos están libres de la acusación de haber cometido crímenes contra la humanidad. Es decir, para él la historia occidental es inconsistente a la luz del proyecto "moderno" de emancipación. De esta manera, la humanidad queda dividida en dos partes; una se enfrenta al desafío de la complejidad, y la otra, que es más vieja, tiene que enfrentarse al problema de su propia supervivencia. Para él, éste es el principal aspecto del fracaso del proyecto moderno.

Según Lyotard, la cuestión de la posmodernidad es también y ante todo la cuestión de las expresiones del arte, la literatura, la filosofía y la política. Así, para él, el término posmoderno "designa el estado de la cultura después de las transformaciones que han afectado las reglas del juego de la ciencia, de la literatura y de las artes a partir del siglo XIX" (Lyotard, 1984:9).

En "La condición posmoderna" (1984), partiendo de la hipótesis de que el saber cambia de estatuto al mismo tiempo que las sociedades entran en la edad postindustrial y las culturas en la posmoderna, Lyotard establece que el saber científico es una clase de discurso estrechamente ligado al desarrollo de las transformaciones tecnológicas en materia de comunicación.

La multiplicación de las máquinas de información afecta la circulación de conocimientos tanto como lo ha hecho el desarrollo de los medios de circulación de hombres (transporte) y de sonido e imágenes (media). En este sentido, todo el saber que no pueda ser

traducido en cantidades de información se dejará de lado y las nuevas investigaciones quedarán subordinadas a la condición de traducibilidad de resultados a un lenguaje de máquina.

Según este autor, la relación entre generadores y usuarios del saber, cada vez más irá tomando la forma de productores y consumidores de mercancías. El saber es y será producido para ser vendido; así, deja de ser en sí mismo su propio fin, pierde su valor de uso.

En la edad postindustrial y posmoderna la ciencia conserva y refuerza su importancia dentro de los Estados-naciones. En su forma de mercancía informacional indispensable para la potencia productiva, el saber es, y lo será más todavía; lo más importante en la competencia mundial por el poder. Así como los Estados-naciones se han peleado primero por dominar territorios, luego por dominar la explotación de materias primas y mano de obra barata, actualmente pelean para dominar las informaciones. De hecho, esta situación ha venido ensanchando cada vez más la distancia que separa a los países centrales de los países periféricos. Para Lyotard, el saber y el poder son las dos caras de una misma moneda; de esta forma, en la edad de la informática, el saber es más que nunca la cuestión del gobierno (*Ibid.*).

Por otra parte, en una sociedad donde el componente comunicacional es cada día más evidente, como realidad y como problema, el aspecto lingüístico adquiere gran importancia, por tanto, es superficial reducirlo a la alternativa tradicional de la palabra manipuladora o la transmisión unilateral de mensajes, por un lado, o la libre expresión, por el otro. Según Lyotard, una teoría de la comunicación no es suficiente para comprender las relaciones sociales, ya que para ello hace falta una teoría de los juegos que incluya a la agonística en sus presupuestos.

Si bien la obra de Lyotard es mucho más extensa y contiene reflexiones de gran importancia como es el caso de la crisis de los metarrelatos, para los fines de este ensayo nos hemos circunscrito únicamente a sus planteamientos en torno al papel de la información y la comunicación en la sociedad posmoderna. No obstante es necesario resaltar que la obsolescencia de los metarrelatos planteada por Lyotard está asociada a una diversidad de fenómenos entre los cuales se pueden señalar también:

- 1) El auge y difusión de la informática, que lleva a una proliferación de signos y lenguajes que pulverizan el modelo de racionalidad única y gracias a lo cual el mundo pasa a ser interpretado desde múltiples perspectivas posibles.
- 2) La despersonalización del saber en una era en que dicho saber se convierte en el insumo estratégico de los nuevos procesos productivos, y la multiplicación de la información a niveles totalmente inconmensurables.
- 3) El “éxtasis de la comunicación” provocado por el efecto combinado de la informática y de las telecomunicaciones, en virtud de lo cual las fronteras nacionales y las identidades regionales quedan disueltas bajo el paso vertiginoso de las comunicaciones (Hopenhayn, 1987).

Jean Baudrillard y el éxtasis de la comunicación

En Jean Baudrillard encontramos una segunda postura en cuanto al papel que la comunicación desempeña en la era posmoderna. Postura que, a nuestro parecer, cae en lo catastrófico.

Este autor comienza señalando que en la posmodernidad las oposiciones sujeto/objeto y público/privado no tienen más sentido. Con la televisión, objeto definitivo y perfecto de esta nueva era, nuestro propio cuerpo y todo el universo circundante se convierten en una pantalla de control (Baudrillard, 1985).

En la posmodernidad, la gente ya no se proyecta en sus objetos, con sus afectos, representaciones y fantasías. La dimensión psicológica se ha desvanecido, y aunque siempre pueda señalarse con detalle, uno siente que no es realmente ahí donde suceden las cosas.

Como un ejemplo de lo anterior, en “El éxtasis de la comunicación” señala que la etapa en la cual el coche es vehículo de representación ha pasado a otra en la cual se convierte en una red de información. Aquí la cuestión más importante llega a ser la comunicación con el coche mismo, una prueba de la presencia del sujeto con sus propios objetos, una conexión ininterrumpida. A partir de este punto ya no importan la velocidad y el desplazamiento, como tampoco la proyección inconsciente, ni un tipo individual o social de competición ni el prestigio.

Baudrillard plantea dos conceptos: la “telemática primitiva” y el “hiperrealismo de simulación”. Con el primero se refiere a la situación en la cual cada persona se ve ante los mandos de una máquina hipotética, aislada en una posición de soberanía perfecta y remota. Con el segundo, hace alusión a la elevación del universo doméstico a un poder espacial, a una metáfora espacial, con la “satelización del pisito de dos habitaciones, cocina y baño puesto en órbita en el último módulo lunar” (*Ibid.*, 189-190).

En la era de la hiperrealidad, aquello que se proyectaba psicológica y mentalmente, ahora es proyectado a la realidad, sin ninguna metáfora, en un espacio absoluto que es también el de la simulación. Este fenómeno significa la entrada en órbita de nuestra misma esfera privada.

Como consecuencia, el individuo no es más un actor o un dramaturgo, sino una terminal de múltiples redes. El espacio de su habitación es el espacio de recepciones y operaciones, la pantalla de control y la terminal que poseen la capacidad de regularlo todo desde lejos, incluyendo el trabajo en casa, el consumo, el juego, las relaciones sociales y el ocio. Cada vez el individuo está más lejos de la sala de estar y más cerca de la ciencia ficción.

Según Baudrillard, los cambios arriba señalados son el producto de una tendencia irreversible hacia tres cosas:

- a) Una abstracción formal y operacional cada vez mayor de elementos y funciones, y su homogeneización en un sólo proceso virtual de funcionalización.
- b) El desplazamiento de los movimientos y esfuerzos corporales a mundos eléctricos o electrónicos, y
- c) la miniaturización, en el tiempo y en el espacio, de procesos cuya escena real es la de la memoria infinitesimal y la pantalla con la que están equipados (*Ibid.*).

Además, el espacio público (el teatro de lo social y lo político) se ve también reducido y lo que antes era su territorio (la calle, el monumento, el mercado, la escena) lo ocupa ahora la publicidad.

Sin embargo, esta pérdida del espacio público no se da sola, sino que se produce paralelamente a la pérdida del espacio privado. Uno

ya no es un espectáculo, el otro ya no es un secreto. La oposición que anteriormente existía entre estos dos ámbitos ha desaparecido. Ahora esta oposición se ve diluida en lo que Baudrillard llama "especie de obscenidad" en la que los aspectos más íntimos de la vida de un individuo son la materia con la que se alimentan los medios de comunicación. Ya no somos parte del drama de la alienación; vivimos en el "éxtasis de la comunicación", que es obsceno.

Con este último término, este autor se refiere al fin del espectáculo, a la situación en la cual todo se vuelve transparente y visible de inmediato, cuando todo queda expuesto a la luz de la información y la comunicación. En el fondo, el mensaje ya no existe; es el medio el que se impone en su pura circulación. Esto es a lo que Baudrillard llama "éxtasis".

Para Baudrillard, la información y la comunicación en la posmodernidad han dado como resultado un nuevo tipo de esquizofrenia, se acabaron la histeria y la paranoia proyectiva. Ahora el esquizofrénico vive el terror de la demasiada proximidad a todo, queda privado de toda escena y, por lo tanto, abierto a todo a pesar de sí mismo, viviendo en la mayor confusión. Ante esto no hay salida ni retirada posible. La posmodernidad representa el fin de la intimidad y la interioridad; es la excesiva exposición y transparencia del mundo que atraviesa al hombre sin ningún obstáculo.

Gianni Vattimo: la sociedad de los mass media

En contraposición a la catastrófica postura baudrillardiana, encontramos el pensamiento esperanzador de Gianni Vattimo. Sin embargo, antes de adentrarnos en sus propuestas sobre el papel de los medios en la posmodernidad, creemos necesario detenernos por un momento en la relación que este autor establece entre las reflexiones de Nietzsche y Heidegger y los discursos sobre el fin de la modernidad y la época posmoderna.

Para Vattimo, las diversas teorizaciones del periodo posmoderno sólo adquieren rigor y dignidad filosófica cuando se relacionan con la problemática nietzscheana del eterno retorno y con la problemática heideggeriana del rebasamiento de la metafísica. Ambos filósofos ponen en tela de juicio la noción de fundamento y del pen-

samiento como base y acceso al fundamento ambos; se encuentran en una posición de, por un lado, tomar críticamente distancia respecto del pensamiento occidental en cuanto pensamiento del fundamento; pero, por otro, no pueden criticar ese pensamiento en nombre de otro fundamento más verdadero. Y es en esto, según Vattimo, en lo que ambos pueden ser considerados los filósofos de la posmodernidad (Vattimo, 1986).

El post de posmoderno indica una despedida de la modernidad en la medida en que quiere sustraerse a sus lógicas de desarrollo y sobre todo a la idea de la superación crítica en la dirección de un nuevo fundamento. La pretensión de representar una novedad en la historia colocaría a lo posmoderno en la línea de lo moderno, en la que predominan las categorías de lo nuevo y la superación. Pero las cosas cambian si lo posmoderno se caracteriza no sólo como novedad respecto a lo moderno, sino también como disolución de la categoría de lo nuevo, como experiencia del “fin de la historia” (*Ibid.*). Esto último significa que la idea de una historia como proceso unitario se disuelve.

Según Vattimo, las comprobaciones sobre el carácter posthistórico de la existencia actual muestran la posmodernidad como el lugar en el que tal vez se anuncia para el hombre una posibilidad diferente de existencia y es esta posibilidad a la que aluden doctrinas filosóficas como la de Nietzsche y Heidegger. Estos pensadores permiten pasar de una descripción puramente negativa de la condición posmoderna (típica de la kulturkritik de principios del siglo xx y de sus acodos en la cultura reciente) a una consideración de la condición posmoderna como posibilidad y “chance” positiva. Y es en este mismo tono de esperanza, en el cual Vattimo establece sus reflexiones en torno a la posmodernidad.

De acuerdo con este autor, hay un factor, entre otros, que ha venido a resultar determinante para la disolución de la idea de historia y el fin de la modernidad: el advenimiento de la sociedad de la comunicación. Al respecto, Vattimo sostiene tres cosas:

- a) Que en el nacimiento de una sociedad posmoderna los mass media desempeñan un papel determinante.
- b) Que éstos caracterizan tal sociedad no como una sociedad más “transparente”, más consciente de sí misma, más “ilu-

- minada”, sino como una sociedad más compleja, caótica incluso, y
- c) que precisamente en este “caos” relativo residen nuestras esperanzas de emancipación (Vattimo, 1990:78).

Para este autor, los mass media parecen ser exactamente lo contrario a la imagen que se hacía de ellos un filósofo como Theodor Adorno, según el cual, la radio (y más tarde la televisión) tendría el efecto de producir una homologación general de la sociedad. Sin embargo, lo que de hecho ha sucedido es más bien lo contrario: la radio, la televisión y los periódicos se han convertido en componentes de una explosión y multiplicación generalizada de visiones del mundo. Esto ha permitido que en los Estados Unidos de los últimos decenios, minorías de todo tipo hayan tomado la palabra, es decir, han salido a la opinión pública culturas y subculturas de todas clases. Y es esto lo que constituye el efecto más evidente de los mass media y lo que, según Vattimo, determina el tránsito de nuestra sociedad a la posmodernidad.

De esta manera, la sociedad de los mass media es todo lo contrario de una sociedad más ilustrada, más instruida. La liberación de las muchas culturas y de las muchas visiones del mundo hecha posible por los medios masivos ha desmentido el ideal mismo de una sociedad transparente. En este sentido, señala que tal vez se esté cumpliendo en el mundo de los mass media la profecía de Nietzsche: el mundo verdadero, al final, se convierte en una fábula.

La tesis que Vattimo propone es que “en la sociedad de los media, el lugar de un ideal emancipador modelado sobre la autoconciencia desplegada sin resto, sobre el perfecto conocimiento de quien sabe como son —están las cosas (sea éste el Espíritu Absoluto de Hegel o el hombre que ya no es esclavo de la ideología tal como lo piensa Marx), se abre camino un ideal de emancipación a cuya base misma están, más bien, la oscilación, la pluralidad y, en definitiva, la erosión del propio ‘principio de realidad’ ” (*Ibid.*:82). En este sentido, para él la realidad es más bien el resultado del entrecruzarse, del contaminarse de las múltiples imágenes, interpretaciones y reconstrucciones que compiten entre sí, o que, de alguna manera, sin coordinación central alguna, distribuyen los medios. De esta manera plantea que si por el multiplicarse las imágenes del mundo per-

demos el “sentido de la realidad”, quizá no sea ésta una gran pérdida.

Y entonces, ¿en qué consiste el posible alcance emancipador y liberador de la pérdida del sentido de la realidad? En un extrañamiento. Extrañamiento que es además, y al mismo tiempo, un liberarse por parte de las diferencias, de los elementos locales, de todo lo que Vattimo llama el dialecto. En cuanto cae la idea de una racionalidad central de la historia, el mundo de la comunicación generalizada estalla en una multiplicidad de racionalidades “locales” que toman la palabra al no ser más reprimidas por la idea de que hay una sola forma verdadera de realizar la humanidad.

Sin embargo, Vattimo considera que el sentido emancipador de la liberación de las diferencias y los dialectos, no reside tanto en garantizar a cada uno un mayor reconocimiento y autenticidad, sino en el efecto de “extrañamiento”. Y pone un ejemplo: si profeso mi sistema de valores (religiosos, políticos, éticos, étnicos) en este mundo de culturas plurales, tendré también una aguda conciencia de la historicidad, contingencia y limitación de todos estos sistemas, empezando por el mío.

Pero esta libertad es problemática, ya que tal efecto de los medios masivos no está garantizado; por tanto, lo que tenemos es sólo una posibilidad que podemos apreciar y cultivar. Y agrega: “Filósofos nihilistas como Nietzsche y Heidegger (pero también pragmáticos como Dewey y Wittgenstein) al mostrarnos que el ser no coincide necesariamente con lo que es estable, fijo y permanente, sino que tiene que ver más bien con el evento, el consenso, el diálogo y la interpretación, se esfuerzan por hacernos capaces de recibir esta experiencia de oscilaciones del mundo posmoderno como “chance” de un nuevo modo de ser (quizás, al fin) humano” (*Ibid.*:87).

Comentario final

Como se señaló al principio de este ensayo, es difícil llegar a un acuerdo acerca de lo que es la posmodernidad. No obstante, parafraseando a Jameson (1988), podemos aceptar las creencias de que en algún momento después de la Segunda Guerra Mundial, empezó a emerger una nueva clase de sociedad que ha sido descrita de manera diversa como sociedad postindustrial, capitalismo mun-

dial, sociedad de consumo o sociedad de los medios de comunicación. Nosotros consideramos que, en efecto, la sociedad posmoderna (si nos permiten llamarla así) es una sociedad que se caracteriza en primerísimo lugar por la emergencia y el dominio de los medios masivos de comunicación y las tecnologías de la información.

Coincidimos con los planteamientos que hace Gianni Vattimo en el sentido de que, si bien es cierto que la sociedad de los medios masivos parece ser hoy día una sociedad cada vez más alejada del ideal de "transparencia" y sí una sociedad cada vez más caótica, también creemos que en esa complejidad reside la semilla de algún efecto emancipador.

En el campo de la comunicación y de la sociología de la comunicación, con frecuencia los estudiosos se han dividido en dos posiciones, que, desde nuestro punto de vista, resultan poco fructíferas. Por una parte están quienes subrayan el peligro y el horror de la supuesta homogeneización que los medios masivos producen en la sociedad; y por otra, los que incansablemente se han dedicado a develar el trasfondo ideológico que transmiten los mensajes difundidos por los medios. En ambos casos, una y otra vez se subraya la necesidad de formular y llevar a cabo propuestas de comunicación que sean realmente alternativas.

Pensamos que tanto unos como los otros, se erigen como los que sí saben lo que la gente, la sociedad, necesita, pero evitan y olvidan preguntarse si realmente eso es lo que la gente quiere. Después de todo, resulta fácil olvidar que los otros también piensan y también dan significado al mundo que los rodea y a sus propias acciones.

La propuesta de Gianni Vattimo representa para nosotros un esfuerzo serio y estimulante que puede ser útil para que el científico social, y en especial el estudioso de la comunicación, abra su pensamiento y su imaginación a la multiplicidad de realidades que nos ofrece esta época posmoderna, y se pregunte qué es su propio discurso frente a otros discursos sobre lo social.

Bibliografía

Baudrillard, Jean (1988): "El éxtasis de la comunicación", en Foster, Hal *et al.*, *La posmodernidad*, Barcelona, Kairós.

Foster, Hal *et al.*, *ibid.*

Gómez Sánchez, Luis Eduardo (1988): "Desconstrucción o nuevas síntesis. Aproximaciones críticas a la noción de posmodernidad" en Varios: *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada posmoderna*, CLACSO.

Hopenhayn, Martin, "El debate posmoderno y la dimensión cultural del desarrollo (un esquema descriptivo)", en *Imágenes desconocidas*, *op. cit.*

Jameson, Frederic, "Posmodernismo y sociedad de consumo", en Foster, Hal *et al.*, *op. cit.*

Lechner, Norbert, "Un desencanto llamado posmoderno", en *Imágenes desconocidas*, *op. cit.*

Liotard, Jean-François (1984), *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*, Cátedra, Col. Teorema, Madrid.

Liotard, Jean-François (1990), *La posmodernidad (explicada a los niños)*, México, Gedisa Mexicana.

Vattimo, Gianni (1986): *El fin de la modernidad, Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, España, Gedisa.

Vattimo, Gianni (1990): *La sociedad transparente*, Paidós/ICE-UAB, Col. Pensamiento contemporáneo 10.